

EL MERIDIANO

Juanma Fernández

Moralistas,
al bar

Vivo en un ático y pensaba que la berrea empezaba a finales de septiembre. Nada de eso se ha cumplido. Escucho alegría en la terraza del bar que hay en mi portal y el camarero está contento porque vuelve a trabajar. A las doce de la noche, un martes por ejemplo, las cañas se convierten en bramido y pienso en mis vecinos del primero. Es una desproporción de fiesta que no se había escuchado nunca a esas horas ni esos días; como si la pandemia, el encierro, el miedo, la represión de movimiento forzaran a exagerar su satisfacción por haber recuperado la libertad. Y me resulta curiosa la relación que hemos establecido con lo que supuso que el Gobierno recortara nuestra capacidad de decidir si íbamos a un lado o a otro. Tengo la sensación de que el individualismo imperante, incluso en el maquillaje desfragmentado y narcisista de los movimientos sociales, recalca en una inconsciente necesidad de responder a estos meses de parón con un grito todavía más fuerte. A muchos se les ha esfumado el bien común, que, en resumen, era por lo que estábamos encerrados.

A eso se le suma otro personaje interesante: el que hace gala de no haber pisado todavía una terraza ni haber hecho una comedia quedada con amigos. Su actitud me recuerda la frase de Michi Panero: «En esta vida se puede ser de todo menos coñazo». A Panero se le definía como un escritor sin libros, y era verdad. La cuestión es que hay que tener mucha literatura, labia o bohemia para sostener en el tiempo una mentira; y para eso hay pocos elegidos. Quizá él fue uno de ellos pero al resto: los coñazos, los anti-terrazas, los tristes, los mentirosos, los moralistas, los falsos responsables... la vida que convive (y los meses que nos quedan!) con la covid-19 les está viniendo grande.

Yo les escucho calzando su 'síndrome de la cabaña' como anillo a un dedo amputado mientras destruyen un futuro alejado de la vida que no querían vivir. No son asmáticos ni toman sintrom; tampoco son animales que gritan, irresponsables y desnortados, como si nada hubiera pasado. Pero hay un miedo a vivir que levita y acompaña. Y un ataque frontal al buen uso de la felicidad, mascarilla incluida, que les aleja del camino recto del esfuerzo por pasar la vida buscando hasta a través de un tejido sanitario una sonrisa.

@juanmafe

EL REFLEJO | José Badal Nicolás

Valorar los conocimientos

Entre los duros sistemas de reválida del pasado y la actual falta de exigencia a los estudiantes, tiene que haber métodos que permitan una evaluación de conocimientos

En un artículo anterior ('Reválidas y suspensos', 15 de junio) me refería a la corriente de opinión que solo contempla la evaluación continua como forma de aquilatar los conocimientos adquiridos por el joven estudiante durante su etapa de aprendizaje, con total rechazo de las reválidas y los suspensos. Postura que contrasta fuertemente con el sistema vigente varios decenios atrás, repleto de pruebas eliminatorias, y que nos tocó vivir (o sufrir, que también) a los que por entonces nos preparábamos para acceder a la enseñanza universitaria. Se sustituyeron las calificaciones numéricas, las notas, por expresiones y frases amables. Se pasó del cate al 'debe esforzarse más' o al 'progresar adecuadamente'. Se eliminaron las reválidas; trance traumático al decir de algunos que, de no superarse, podía desmotivar al alumno y arrojarlo tempranamente al mundo laboral. Sinceramente, creo que entre ambos extremos cabe más de una solución alternativa, que ni angustie al alumno ni lo entontezca prematuramente infravalorando el esfuerzo y la perseverancia en el estudio y retrasando el momento de enfrentarse a la realidad: un mundo exigente y competitivo en el que, salvo cuando media el enchufismo, el nepotismo o la de-

docracia, prima la cualificación personal por encima de otras consideraciones.

Partiendo del hecho de que casi el 25% del alumnado de secundaria en nuestro país concluye este ciclo sin conseguir el título de la ESO, desde el Consejo Escolar del Estado, máximo órgano consultivo del gobierno de la nación en materia educativa, que integra la participación de los diferentes consejos escolares autonómicos, se ha lanzado una nueva propuesta. ¡Nada de suspensos y aún menos de reválidas! A falta de mayor concreción y de su redacción final, dicha propuesta, que se debatirá en breve, persigue desterrar definitivamente los suspensos, que ahora son motivo de abandono escolar, y eliminar el título de la ESO, a fin de sustituirlo por una certificación habilitante para todos los alumnos, que incluiría las calificaciones obtenidas (pero no suspensos), para despejar el acceso a otros niveles u opciones de enseñanza (formación profesional, bachillerato). De este modo todos los alumnos, sin excepción, ya no tendrían que salvar ningún muro que por el elevado número de suspensos pudiese obstaculizar o incluso impedir su presencia en otros procesos formativos. En otras palabras: todos los alumnos, especialmente los rezagados

o menos aventajados, tendrían la posibilidad de proseguir sin interrupción su itinerario formativo una vez finalizada la ESO y acometer un nuevo proyecto curricular. Es, sin duda, una manera de combatir tempranas renunciaciones y salidas del sistema educativo, y de estimular el proceso de aprendizaje y preparación, que tan necesario es para el éxito en la futura vida profesional; y también una forma poco sutil de maquillar oficialmente nuestra lacra de abultado fracaso escolar.

Sin embargo, dejar pasar a todos los alumnos con suspensos a un ciclo superior lleva aparejados ciertos peligros. Nada garantiza que en el mejor de los casos, aun cuando muchos de estos alumnos opten por ir a formación profesional o bachillerato, aquellos con un escaso bagaje de conocimientos consigan superar las materias curriculares, simplemente por lo que antes se llamaba falta de base.

«Se propone eliminar el título de la ESO, a fin de sustituirlo por una certificación habilitante para todos los alumnos»

Además, mi experiencia en la enseñanza secundaria (porque uno ha sido cocinero antes que fraile) es que los estudiantes con mayores carencias intelectuales, lejos de superarse una vez integrados con compañeros más adelantados, sufren un estrés y un desánimo que les aboca a un indeseable pasotismo. Entonces padres y alumnos se toparán con la decepción y el disgusto y quedarán desolados ante la cruda realidad, solo que con cierto retraso. Y es que no todas las personas son aptas para el estudio y hay quienes desgraciadamente se encuentran con serias dificultades para adquirir determinadas competencias. Y en tal situación, ¿habría que otorgar una nueva certificación acreditativa de vaya usted a saber qué, o regalar otro diploma o título habilitante? Por supuesto, se pueden estudiar y proponer otras soluciones, otro modelo de acreditaciones en pro de la eficacia del sistema educativo y de la progresiva superación y autoestima del alumno, más en consonancia si se quiere con los modelos adoptados por los países de nuestro entorno; pero no estaría de más plantearse seriamente la realización de una prueba estatal, al menos una (muy distinta de la selectividad actual, que no selecciona nada), llámese reválida o examen de acreditación, que permitiese valorar los conocimientos adquiridos por el alumno al final de un ciclo educativo y que a tenor del resultado facilitara su orientación hacia una alternativa idónea, antes de regalar un título degradado y permitir el acceso a las aulas universitarias.

José Badal Nicolás es catedrático emérito de la Universidad de Zaragoza

EN SACO ROTO | Juan Domínguez Lasiera

Cumpleaños y reclamación

Un amigo que cumple 95 años proporciona una ocasión perfecta para celebrar la vida y para rendir homenaje a la amistad

Nuestro Juan Antonio cumplía 95 años y dije que era el más joven de los allí presentes, por su espíritu, por su ánimo, por su alma... Nos había reunido para celebrar la efemerides, y allí estábamos los amigos de los muchos ámbitos en que Juan Antonio se ha desenvuelto: el religioso, claro, el periodístico, el deportivo, el médico (por necesidad), el social... Allí estaba, entre otros, Fernando Arregui, el joven rector del Seminario (que obsequió al convocante con una actuación musical: la de un trío de seminaristas que interpretó, voces y guitarras, algunas canciones populares y un obligado 'Feliz cumpleaños'), médicos como Vicente Calatayud, Antonio Peleato, Luis L. Burbano; el ingeniero Ruiz Ta-

piador; deportistas como Pepe Díaz o Javier Planas; músicos como Miguel Ángel Tapia, periodistas como Vicente Merino, y, entre otros amigos entrañables, Miguel Rigual, ausente -¡cuánto lo echamos de menos!- Manuel Tramullas, por encontrarse enfermo.

Estuve sentado junto a Javier Planas, el antiguo futbolista del Zaragoza, que se destapó en obsequio de Juan Antonio como eminente cantador de jotás. Descubrí, casualidades de la vida, que era de Almudévar, o sea de mi pueblo, es decir, el de mi madre. La providencia, en verdad, decidió juntarnos. Así que hablamos sobre todo de Almudévar como pueden imaginarse.

Juan Antonio nos habló a los postres, con la sabiduría de su ve-

terana juventud incombustible. «Estamos aquí para servir a los demás», y se centró en lo que él debía a todos los presentes. Celebró la vida, la esperanza, la alegría. Los dejó jugando una partida de guiñote.

Cuando salí de la reunión me sentía eufórico y sabía por qué. Por eso, porque celebramos la vida.

Ángel Gari, nuestro admirado altoaragonés, me llama preocupado porque la Biblioteca Electrónica, que auspicia el Gobierno de Aragón, ha vuelto a desaparecer..., y es la tercera vez en los últimos años. No es cosa baladí, pues esa Biblioteca archiva documentación preciosa de nuestro patrimonio cultural. Su desaparición deja a los usuarios

sin sus fondos, y deja de nutrirse con nuevas aportaciones. Es un asunto muy grave que no puede permitirse. Ángel reclama que vuelva a su función, y reclama como imprescindible un registro de seguridad que asegure la pervivencia de tantos testimonios como acumula, y puede acumular, tal Biblioteca. Aprendamos de Asurbanipal, me dice Ángel, que mandó a sus amanuenses guardar copia de todos sus documentos oficiales y creó un órgano central para tal efecto...

Por cierto, Gari me habla de un asombroso personaje altoaragonés, Joaquín Sanmartín, que es un estudioso de la cultura ugarítica, y de su idioma, además de traductor del Gilgamesh y otras heroicidades. Ahora está en plena faena de un estudio sobre la lengua paleoasiria, que está siendo editado por la Universidad de Pensilvania, y nosotros sin enterarnos. Y es de Lupiñén. No salgo de mi asombro. Y aquí, haciendo desaparecer la Biblioteca Electrónica Aragonesa... Vamos, vamos, un poco de seriedad o pedimos socorro a Pensilvania.